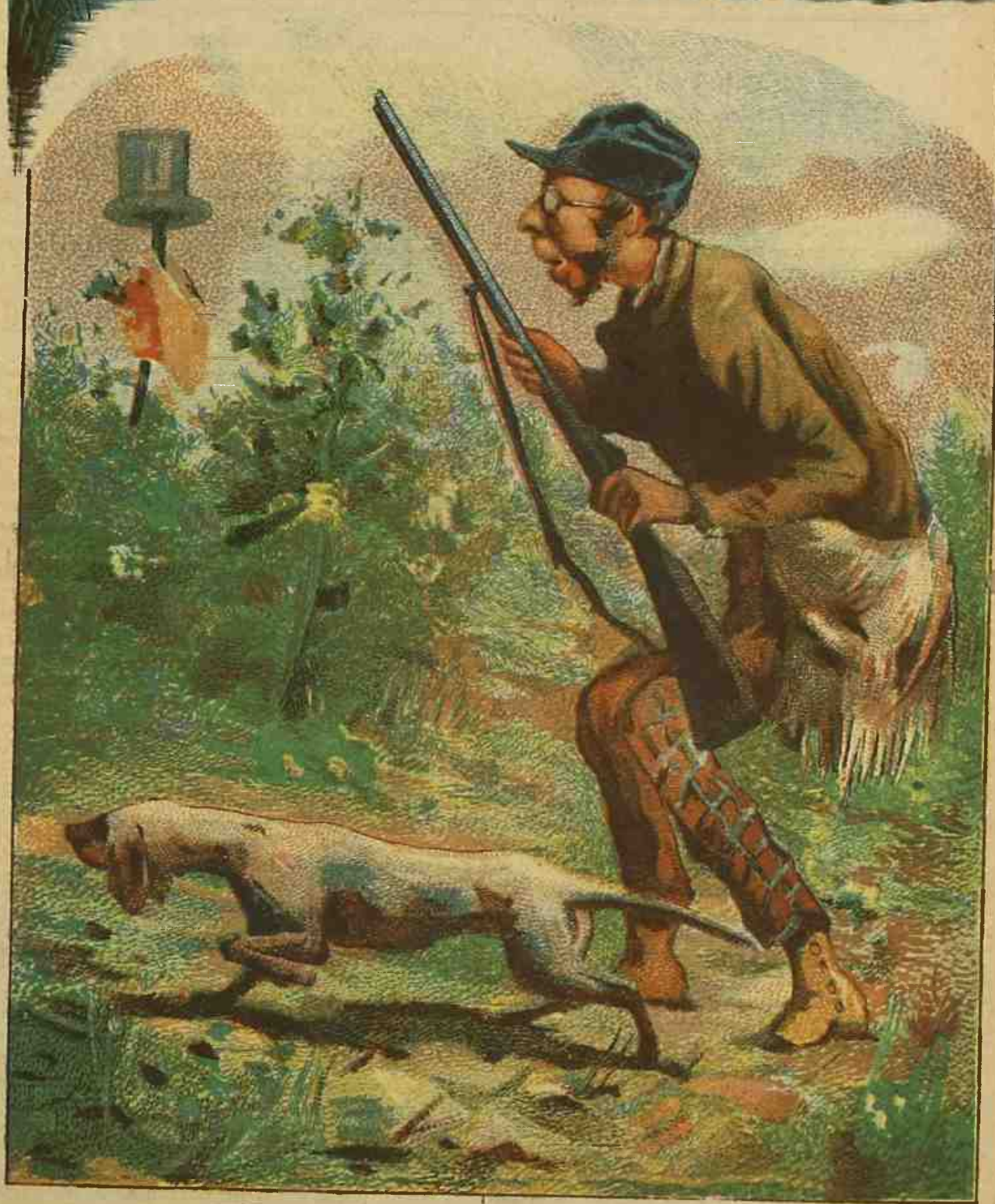


ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



El terror de las liebres

SUSCRICION

Núm 24

Año I | NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILKERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 17 Febrero 1887

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CARNAVAL

Estamos en pleno Carnaval, época de locura y de jolgorio.

Con aquel profundo sentir que le era peculiar, el ingenioso Figaro, discurriendo acerca las extravagancias que caracterizan estos días, y comparándolas con las que de ordinario comete la humanidad, se extrañaba de que se tuviese este breve período por excepción de la regla general, y sentaba como apotegma que todo el año es Carnaval.

Protestando el mayor respeto al malogrado crítico, no puedo callarme que disiento *toto cælo* de su dictámen, ya que considerando que son días de Carnaval los días en que á todos es permitido decir al prójimo las más ágras verdades bajo el anónimo de la máscara, y los días en que todos tenemos á gala aplaudir ó hacer algo contra el buen sentido, opino, al revés de Figaro, que todo el año es Carnaval, ménos los días así llamados por la gente, y por los doctos de la calle de Valverde, porque cabalmente estos días son los únicos en que la verdad no anda con disfraces, en que todas las acciones se acomodan al natural instinto de quien las ejecuta, y en que más cuerdamente se vive, pues se goza del placer presente que es el seguro, sin desaprovecharlo para perseguir el de mañana que tal vez nunca llegue.

Reinado de la locura dicen que es el Carnaval cuando debieran llamarlo reinado de la sensatez, pues la verdadera locura no consiste en hacer dentro el mútuo respeto cada cual su gusto sin miramientos ajenos, ni en llamar pan al pan y vino al vino, ni en matar aburrimientos como en esta época se hace, sino por el contrario, en sujetar la libertad á la tiranía del ridículo *qué dirán*, en amordazar los lábios para que por ellos no salga lo que uno siente, ó si los abre, para decir que lo blanco es azul y lo azul verde, y en cargar con mil sinsabores para allegar caudales, siendo así que la vida es corta y la muerte asalta cuando ménos se piensa en ella.

Se me tachará de epicúreo, pero no lo puedo remediar; en cuanto oigo el primer chasquido de castañuelas que me anuncia la llegada del Carnaval, me alboroto de contento, porque sé que se aproxima la Pascua del placer, porque sé que vienen los días en que todos nos rejuvenecemos, y en que la humanidad, olvidando

ódios, despojándose de hipocresías y no pensando más que en regocijarse, recobra su libertad y arroja de sus sienes la corona de espinas con que por culpa de su necedad vá ceñida todo el resto del año.

Con cuánta afición recorro entonces las calles mirando en los aparadores de las tiendas las diversas carátulas expuestas para tentar la alegría de los transeuntes! Allí veo una cabeza de conejo, y me digo: «Buena fotografía han sacado del general Catacueros!» Veo al lado una careta de cabrón, y me pregunto: «¿Holal han cortado la cabeza al intendente Berlanga?» Luego diviso un vestido de payaso, y pienso si habrá ido allá á desnudarse el diputado Trampolla. Más abajo distingo un antifáz que se ríe con estrafalaria mueca, y me solazo considerando que tal vez quien se lo ponga comparcerá con él delante de algun acreedor tirano para hacerle una mamola.

Y ayúdenme ustedes á contar lo que me pasa cuando llega á mis manos un billete de baile en que sea indispensable el disfráz! No hay que decir, que no suelto el copete á la ocasión, que pintan calva. Me acicalo, y allí acudo con ánsia de reirme. Y, como soy machucho, me complazco en recordar las fugitivas sonrisas, la alborotada cháchara, y las deliciosas aventuras de otros tiempos, recogidas, dichas, y pasadas, entre el tumultuoso oleaje del salón inundado de luz, ó en el apacible nido de un pálco velado por la sombra.

Aunque en estas batallas soy militar de reserva, tambien echo alguna vez mi cuarto á espaldas, y me renuevo, y desaparece de mi ánimo la carcoma que durante el año me consume, y se apodera de mí un ánsia formidable de vivir doce meses más por el deseo de ver otro Carnaval con sus sonoros bailes donde, aparecen las fregonas vestidas de princesas, éstas vestidas de fregonas, las mogigatas con tocados á la Pompadour, y las Traviatas con mongiles, todas siguiendo su natural instinto, rota la máscara con que durante el año se cubren, demostrando confundidas en ese igualitario torbellino que para el placer no hay.... frontera, y que un mismo barro, sea cual fuera su forma y el lugar de dónde se ha extraído, produce siempre los mismos efectos.

Como el Carnaval es época de cantar verdades sin reticencias que las debiliten, y de promover alegrías bulliciosas, por eso digo lo que digo, por el gusto de dar un bromazo á mis lectores.

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaná

(Continuación)

¡Cuadro espantoso! en mi cerebro impreso vive como grabado por un rayo! el ángel de mi gloria, mi embeleso, caído estaba en funeral desmayo... lívido el rostro, el corazón opreso, rosa tronchada en su florido Mayo, entre bascas de muerte se torcía la que era lumbre de la vida mía.

De bronce fui, y aun mas que un tigre fiero cuando impio al dolor resistir pude sin dar mi pecho aquel latir postrero con que del cuerpo el ser vital sacude; de bronce fui, cuando con pié ligero cual rujiente á la playa la ola acude no volé, arrebatado de delirio, á postrarme ante el ara del martirio.

Clavos sentí en los piés ¡ay Dios! de suerte que imposible me fué mover la planta, y a modo de dogal áspero y fuerte algo subió á ceñirse á mi garganta: aunque atónito allí, aunque allí inerte, tanto era mi dolor, mi pena tanta que por mi rostro en abundantes fuentes se deslizaban lágrimas hirvientes.

De una vela la lumbre mortecina las sombras de la estancia mal rasgaba, y en el blanco percal de la cortina mil fantásticas sombras dibujaba: oíase en la casa más vecina la voz de un jóven que su amor cantaba, contrastando su plácido sonido de Luisa con el lúgubre ronquido.

A través de los velos de mi llanto y del negro crespon del pensamiento, yo veía aquel ser que fué mi encanto yacente sin vigor ni movimiento: yo con horrible insuperable espanto oyendo el estertor de aquel aliento pensé que allí con júbilo salvaje agitaba un vampiro su plumaje.

Las rubias trenzas más que el oro hermosas cuando heridas del Sol resplandecían, entonces deslustradas, sudorosas, por la pálida frente se esparcían; las manos semejan blancas rosas sobre el rojo edredon se estreñecían, y era la boca breve y entreabierta cárdena cual botón de una flor muerta.

De pronto destellando resplandores como de estrella cuando muere el día recorrieron sus ojos soñadores todo el espacio de la estancia fría: su mirada cargada de dolores halló la flebil y doliente mía, y algo al choque vibró dentro aquel pecho que su cuerpo tembló agitando el lecho.

Con apagado acento remedando el son lejano de arpa lastimera, al conocerme murmuró: «¡Fernando!», y abrió los ojos con codicia fiera: pero luego los párpados cerrando como si huir de una visión quisiera, «No eres Fernando tú,—dijo—es mentira: la fiebre que me abrasa me lo inspira»

—«Fernando soy, que á consolarte vengo, exclamé dando suelta á mi ternura: Fernando, que á escucharte me prevengo contra quien ose á tu honra santa y pura:

mírame al fin aquí: vencida tengo la suerte adversa que tu mal procura: ya está roto el dogal, Luisa mía, que á la vergüenza y al dolor te unía.»

«Levanta ahora la gentil cabeza: de nuevo irradian tus divinos ojos la lumbre del placer, y con presteza broten las risas en tus labios rojos: de juventud ornada y de belleza, y alejados del pecho los enojos, vuelve á ser gala del jardín fragante, y orgullo insigne de mi pecho amante.»

«¡Te acuerdas, Luisa mía, cuán ligera corrías por el monte sin testigo? pues otra vez así por la ladera volverás á correr, y yo contigo: de nuevo asoma ya la primavera y el ave busca su estival abrigo: volvamos, pues, los dos como las aves de nuestro valle á ver las flores suaves.»

«¡Oh, adorada ilusión! oh bien perdido! mi regalado amor! mi único encanto! al fin hallarte ¡oh júbilo! he podido tras tanta angustia y exical quebranto! al fin mi triste voz vibra en tu oído; al fin baño tu pecho con mi llanto: ya ves si puede mi alma de esta suerte resignarse otra vez, Luisa, á perderte!»—

Y así diciendo con pasión vehemente quise besar la descarnada mano que encima de la colcha débilmente se estremecía con temblor insano: mas irguiéndose Luisa de repente miróme con esfuerzo sobrehumano, y cayó sobre el lecho desplomada siempre mirando sin decirme nada.

Mi razón se escapó vertiginosa: mi cuerpo vaciló con bamboleo: como de ala de leve mariposa sentí sobre mi frente el jugueteo; y cual el són que en la alameda hojosa forma del aura el susurrante oreo, llegaron hasta mi dándome espanto soplos de besos y roncar de llanto.

Lo que despues pasó, para mis males jamás mi mente de acordar acaba... tan solo sé que cuando los cristales el alba suavemente coloraba, el eco de unos broncees funerales de un profundo letargo me arrancaba, y que cruzaban con furor creciente ondas de lava por mi loca frente.

Y mientras embotados mi sentidos en un rincón yacía delirante, vago rumor de cantos doloridos se extendió por la alcoba susurrante: tristes fulgores por allí esparcidos hirieron mis retinas un instante, y luego canto y luces se alejaron, y en soledad horrenda me dejaron.

Entonces fué cuando una voz demente «¡se la llevan! gritó: ¡Pobre ama mía!» abrí los ojos, y á la fiel sirviente ví que cerca de mí desfallecía: «Do está, Luisa?» le dije de repente, y al escuchar que «¡muerta!» me decía, convertido en volcán mi pensamiento —«¡mientes! mientes! ruji: pues yo aun aliento!»—

Como furiosa y enclada loba que perdido entre nieves el camino, teme que ausente del cubil le roba sus lobeznillos cazador alpino, recorrí el piso, penetré en la alcoba, lancé mil voces, registré sin tino, y al comprender lo inmenso de mi duelo, caí cual roto por un rayo al suelo.

(Se concluirá)



Aventura de Carnaval

MISCELANEA

Cuando tuvo lugar la declaración de guerra entre Prusia y Francia, la emperatriz Eugenia, en el colmo de su fortuna, creyendo seguro el triunfo de las armas francesas, quiso tener una corona más hermosa que las de las demás reinas del mundo, ya que consideraba excederlas á todas en grandeza y gloria. Al efecto dió orden á un hábil artista para que labrase la joya sin perdonar gasto.

Esta se fabricó, empleándose en ella los más ricos y gruesos diamantes que se encontraron. La corona con su cerco de oro y sus finísimas piedras relucía como un sol.

Cuando el artista la presentó á la emperatriz encontróla llorando por el cerco que Napoleón III sufría en Sedan.

Cayó el imperio, y Eugenia vendió la corona de que no necesitaba por un millón á un joyero que la fabricó. Este á su vez la ha vendido á un platero de los Estados-Unidos, quien actualmente la tiene expuesta al público en sus escaparates de Nueva-York. La célebre diva Adelina Patti, prendada de la hermosura de esta joya, anda en tratos para adquirirla, con el desecho de lucirla en sus representaciones teatrales.

¡Caprichos del destino!

Un cura predicaba, y un oyente exclamó:
—Mejor lo hizo el año pasado.
—El año pasado no predicó, repuso otro.
—Pues por eso digo que lo hizo mejor.

EPIGRAMA

El cura de mi lugar
dice: «Por cada novena
que á mí me ordenéis rezar
sacáis á un alma de pena.»
Y como no dice cu a,
y él vive muy indigente,
el pobre cura no miente
porque aquella alma es la suya.

LA NIEVE DELATORA

Hacia una semana que Rosario se desvelaba pensando qué clase de ocupación podía ser la que obligaba á su esposo Ricardo á salir de casa todos los días á las cuatro de la tarde para no regresar hasta las ocho.

En los dos años de matrimonio que ambos llevaban, ninguna tarde había dejado Ricardo al acabar de comer de ir á pasear un rato llevando de bracerito á su consorte, después de lo cual se metía en el despacho á trabajar los pleitos cuya defensa tenía encomendada, y así se estaba hasta la hora de la cena, para esperar luego la de acostarse, entretenido en alguna sabrosa lectura.

Un día le instó Rosario para que la llevase al teatro. Ricardo siempre complaciente se apresuró á satisfacer el deseo de su adorada consorte. Durante la función, observó que Ricardo se mostraba un tanto distraído, olvidándose de mirarla y de decirle las dulces frases que solía. Pero lo achacó á encogimiento por estar en público, y tener al lado gente que hubiera podido oírle. Lo que no observó Rosario, fué que la gente del lado era una linda muchacha más rubia que las espigas y con dos ojazos azules llenos de fosforescencias, la cual muchacha estaba guardada por una respetable mamá que no dejó de dormir un solo momento.

Al día siguiente empezaron las misteriosas escapatorias de Ricardo. Extrañóse grandemente Rosario de aquel brusco cambio de costumbres, pero su esposo le salió al paso diciéndole que graves ocupaciones profesionales reclamaban su presencia fuera del bufete. Ella que no tenía motivos para sospechar de Ricardo, si bien se tranquilizó con esta explicación, no obstante le quedó como cierta comezón de curiosidad que solo podía calmarse averiguando cómo podían durar tanto aquellas ocupaciones, y por qué precisamente debía su esposo despacharlas fuera de casa.

En estos pensamientos estaba divertida Rosario, cuando aconteció la nevada del día 11 de este mes de Febrero. Desde los balcones del piso en que viven los dos esposos se descubría un magnífico panorama. Gruesas alfombras de blanda nieve se extendían á lo ancho y á lo largo de las calles sin dibujar ni la más ligera arruga, ni descubrir la más pequeña mancha. Los árboles ostentaban con orgullo en sus copas colosales pelucas blancas que relucían como salpicadas de chispas de plata, y en sus brazos ajorcas no menos blancas ni menos brillantes. Los terrados parecían cubiertos de plumón de cisne y pieles de marta cebellina. Por los repechos de las ventanas, por las cornisas de las torres, y por la labra de las fachadas, corrían, á manera de graciosos festones de encaje, anchas y finas cintas de nieve.

—Oh! qué bello es todo esto! exclamó Rosario que lo contemplaba detrás de los cristales del balcón. Mira, Ricardo, quiero que después de comer me lleves al Parque. Ya sabes cuánto me gustan los paisajes pintorescos y el que allí se ofrecerá, por fuerza ha de ser lindísimo. Eso no se presenta todos los días, y hay que aprovechar la oportunidad. Verdad que iremos?

—Pero, hija, ¿se te olvida que estos días tengo mucho que hacer? contestó Ricardo con tono displicente.

—Pero si hoy nadie sale más que para visitar el espectáculo de la nevada, á que tú te niegas!

—Pues yo salgo para trabajar; repuso Ricardo visiblemente contrariado: pero luego dulcificando la voz, añadió:—Ya sabes cuánto te quiero; ea, te prometo en cambio acompañarte á un baile de máscaras uno de estos días.

Rosario no contestó palabra, y se puso á bordar. Creyó Ricardo que la dejaba convencida, y salió del salón.

Lo cierto es que Rosario tan confiada hasta entonces, concibió repentinamente una sospecha que le alborotó el corazón. Mientras hundía la aguja en la almohadilla que estaba bordando, su pensamiento no cesaba de moverse por un intrincado laberinto de malicias. Después de haber hecho y deshecho diez ó doce veces la greca de un arabesco que no acertaba á concluir, dió paz á la mano y permaneció un momento pensativa. Quince minutos pasó abstraída en profunda meditación, al cabo de los cuales, levantóse con aire de triunfo, murmurando:

—Ah, tunante! no te escaparás. Hoy sabré en que consiste el trabajo que vas á hacer fuera de casa!

Y llamó á la muchacha, y le dijo:

—Coge los zapatos del señor, y vete con ellos al remendón de la esquina, para que sin perder momento les ponga en las suelas nueve clavos en forma de triángulo para que impidan resbalar sobre la nieve. Anda, que el señor tiene que salir pronto.

A la media hora volvía la muchacha con los zapatos clavateados en la forma que indicara Rosario.

Aquel día, cuando acabada la comida Ricardo se vestía para salir, Rosario le quitó las babuchas y le ayudó á calzar los zapatos. Sin sospechar la que contra él se urdía, salió nuestro hombre á la calle, bien embozado, sintiéndose medio enternecido por los solícitos cuidados de su mujer. Esta que le acechaba tras los vidrios del balcón, sonrió como un traidor de melodrama en cuanto le vió doblar la esquina.

Un momento después Rosario envuelta en un espeso mantón salía del piso pretestando que se llegaba hasta la iglesia vecina á rezar á Dios para los pobres que su-

frían el rigor de la nevada. Mas apenas llegó al portal fijó con codicia los ojos en el suelo, y lanzó un suspiro de gozo. Apesar de que los vecinos de las tiendas se habían dado prisa en quitar la nieve de las aceras, sin embargo no lo habían verificado con tanto primor que no hubiese quedado la bastante para marcar las huellas de los pocos transeúntes que por capricho ó por necesidad iban chapuceando por las calles. Además, en aquel momento revoloteaban por el aire á manera de jugetonas mariposillas innumerables partículas de nieve que al caer extendían por el suelo una sutil capa de blanco polvo que hacía sumamente visible la estampa de los pies que lo pisaban. En él descubrió Rosario, como un signo de delación, el triángulo que formaban los clavos de las botas de Ricardo. Y se dispuso á leer en aquella blanca página la revelación del misterio que la traía desazonada.

Como furtivo cazador que sigue el rastro á una liebre, empezó á andar por el camino que le señalaban los famosos triángulos. Alguna vez una enorme pelota de nieve desprendida de un alero, ó los transeúntes que convertían en barrizal la acera, le hacían perder la pista. Pero Rosario con una tenacidad y una energía rayanas al heroísmo, deshaciendo el camino anegado, ó aventurándose en exploraciones minuciosas, lograba recobrarla de nuevo, para perderla á los cien pasos, y volver otra vez á descubrirla. Así sin cesar en la fatiga, después de atravesar muchas calles llegó delante un portal donde distintamente se notaba que había penetrado el sujeto de los zapatos herrados en triángulo.

—Aquí es! se dijo Rosario, y tomó resueltamente la escalera. Pero las dudas amargas principiaron al encontrarse en la meseta del entresuelo. —¿Será en este piso? ¿Será en el principal? ¿Será en el segundo, ó será en algún otro de más arriba? Hé aquí lo que Rosario no acertaba á contestarse, ni había quien pudiese contestarle, porque en la casa no había portero.

Su impaciencia subió al colmo, y á pique estuvo de llamar desde la primera á la última puerta preguntando por D. Ricardo Cabecitas, que era el nombre de su esposo; pero el temor al escándalo la contuvo. Por razones de prudencia determinó aguardar que saliese el traidor, oculta entre la sombra de un portal vecino. Así permaneció esperando hora y media dominada por la más viva emoción. Al fin vió inovertirse en el hueco de la expiada puerta un bulto, y ¡horror! un hombre con el embozo de la capa subido á las narices salió dando el brazo á una monísima muchacha. Era él, Ricardo, el pérfido Ricardo que se lanzaba á la calle con una compañera, debajo de cuya elegante capota ondeaban graciosamente pequeños rizos dorados.

Tentada estuvo Rosario de caer sobre la infame pareja, y sacar los ojos á su esposo y arañar el rostro de aquella mujer que le robaba la paz del alma. Pero prefirió seguirles para comprobar todos los grados de la traición de que era víctima.

Y empezó á marchar tras ellos reprimiendo á duras penas la rabia que la devoraba. El triángulo que marcaban los zapatos de Ricardo era el hilo que le guiaba á través de las calles de la ciudad. Junto á aquel triángulo se veían las breves huellas de unas botitas que delataban el gracioso y ligero andar de quien las calzaba. Rosario desahogaba su ira borrando con el pie aquellas marcas de su afrenta.

Llegaron perseguidos y perseguidora á los jardines del Parque. Ocultándose tras los grupos de arbustos que recortan y orillan los senderos, miraba Rosario á los infames amorosamente unidos destacarse sobre el fondo blanco del panorama. Llevada por nervioso impulso se acercó á ellos, y oyó el suave murmullo de sofocadas risas que sonaron al oído de la ofendida esposa como burlonas carcajadas.

Entonces no pensó más que en vengarse. Vió que la atortolada pareja se dirigía á la cascada, y rápida como el pensamiento tomó Rosario por un atajo, y llegó antes que su infiel esposo á la espaciosa plazoleta.

Rosario lanzó un grito, y se dejó caer al suelo. Inme-

diatamente acudieron en su auxilio varios jóvenes que estaban allí contemplando la perspectiva del nevado paisaje. Todos creyeron que Rosario había resbalado. Se trataba de una señora joven y guapa, y no hay que decir si aquellos jóvenes se esmeraron en socorrerla.

—¿Qué sucede? preguntó Ricardo que, sin dejar del brazo á su compañera, se aproximó al grupo que formaba muralla al redor de Rosario.

—Que una pobre señora, muy bella por cierto, se ha caído: contestó el sujeto interrogado.

—Ay! querido, anda con cuidado, que no me caiga yo también; dijo la rubia amiga de Ricardo.

En aquel momento Rosario coquetonamente asida al brazo de un gallardo mancebo que se había ofrecido acompañarla á su casa, salió de en medio del grupo provocando la envidia de los demás jóvenes espectadores.

Y pasó por delante de Ricardo. Y éste se quedó más blanco y más frío que la nieve que mariposeaba por el aire. Y oyó el rumorcillo de una sonrisa, que le supo á mordedura de víbora.

Cuando volvió de su estupefacción, ya Rosario se había separado cosa de unos cien pasos. En un arranque de cólera se deshizo del brazo de la rubia, y dejándola abandonada en aquella sábana de nieve y en medio de aquella turba de alegres mancebos, echó á correr desalado tras su aparecida consorte. Alcanzóla en breve, y encarándose con el joven acompañante:

—Caballero, le dijo: esta señora es mi esposa; doy á usted las gracias por su amabilidad, pero le ruego que...

—Este hombre estará loco; interrumpió riendo Rosario.

—Señor mío, contestó el joven: mire V. lo que dice, que ahora le he visto á V. de brazo con su señora que por cierto es muy rubia.

El lance iba tomando carácter de ágría disputa, cuando la gente que llegó, la rubia que se acercaba gimiendo, y el guarda de los jardines que intervino, fueron parte á que Ricardo avergonzado abandonase el campo.

Cuando hubo salido de los jardines, Rosario dió las gracias á su acompañante que porfiaba en seguir prodigándole sus servicios: alquiló un coche, y se dirigió á su casa, decidida á entablar al día siguiente demanda de divorcio, presentando al tribunal como pieza comprobante los zapatos clavateados de Ricardo.

Maridos, cuando hay nieve en las calles, guardaos de salir de casa sin haber examinado antes la suela de vuestros zapatos.

JULIO MARTINEZ.

NUESTRAS LAMINAS

EL TERROR DE LAS LIEBRES

Trabajo inútil se hubiera buscado el que redactó la ley de caza, si todos los cazadores fuesen como el que representa la lámina que va al frente de este número. A este buen hombre las matas se le figuran conejos, y gasta en pólvora lo que mejor fuera que emplease en comprarse cataplasmas.

AVENTURA DE CARNAVAL

Mis lectores, que supongo habrán concurrido alguna vez á un baile de máscaras, ya sabrán que clase de aventuras son las que se encuentran en el fondo de un palco, en el vestíbulo del salón, ó al redor de las mesas del restaurant.

La mascarita y el pollo, donosamente dibujados por el Sr. Belli, hacen ocioso que expliquemos el tema de su animada conversación.

UN PERDONAVIDAS

Le veis acariciando con cierta indolencia el puño de la espada, mientras os mira con risa burlona, tadeado el chambeo, y fumando la requemada pipa? Pues no os espante, porque ese figurón lo único que sabe matar es el tiempo.

El artista Sr. Belli ha hecho una verdadera creación de este ridículo tipo.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



Un perdonavidas